

VACÍOS DE LA EDUCACIÓN PRIMARIA

LA ESCUELA DEL PORVENIR

Discurso pronunciado en el festival celebrado el 10 de diciembre en el teatro Rivera Indarte, con motivo de la terminación de los cursos escolares y de la colación de grados de las escuelas normales Olmos y Alberdi.

Excmo. señor Gobernador:

Señoras:

Señores:

Un joven profesor amigo mío asistía como simple espectador al Congreso Pedagógico Internacional del París de 1889. De pronto, oye sostener por un grupo de confabulados una tesis equivocada y antipática. Instintivamente pide la palabra. Se le concede y fué entonces que obligado a subir a una tribuna especial en plena Sorbona, quedó perplejo, sin atinar a lo que iba a exponer. Me dijo después que lo salvó el consejo que repetidas veces había oído a su padre: "Siempre, y con mayor razón en los trances difíciles, apela a la verdad, dila como la sientas y derechamente, sin preocuparte mucho de la forma." Y él entendió por decir la verdad, en aquel caso, explicar su situación y la explicó diciendo sencillamente cómo se encontraba allí sin darse

cuenta, obedeciendo a un primer impulso espontáneo de protesta contra lo que acababa de oír. Y siguió hablando con sencillez, saliendo así del paso.

Permitidme imitar al joven profesor del 89, diciendo también sin rodeos mi propia sorpresa al encontrarme de un momento para otro, cuando menos lo esperaba y menos lo quería, al frente de la dirección general de escuelas, en momentos difíciles, contra todas mis conveniencias personales y ante una tarea abrumadora que demanda la consagración sin descanso de un hombre no sólo entendido y resuelto, sino lleno de energía inagotable que no creo tener.

Pero he debido aceptar dado que, por fortuna, la tarea es a plazo fijo, relativamente breve e improrrogable, por no incurrir en cobardía moral y entre otras, por las razones que escribí al día siguiente a un amigo que se dijo descontento con lo que llamaba mi debilidad y yo llamaría más bien impulso sentimental, casi, casi, quijotesco. Reid, si quereis. Es la verdad.

Si llaman a un médico para asistir a un enfermo grave, fué mi respuesta, no puede excusarse de prestarle sus auxilios por difícil que el caso sea, y aun cuando para llegar cerca del doliente tenga que correr un vendaval al cruzar la quebrada y exponerse a coger él mismo una pulmonía o romperse un hueso largo, al volcar del coche o al rodar de la mula.

¿Que el enfermo no mejora y el médico no se libra de que desconozcan su altruismo y hasta su habilidad profesional? Gajes del oficio.

Son para estos casos los fallos de la propia conciencia.

¿Y si el enfermo se aliviara y se colocase en vías de un restablecimiento definitivo?

Y bien señores; hasta donde me ha sido posible, he completado durante el mes y medio transcurrido, mi conocimiento de la situación en lo que respecta a las escuelas de Córdoba. Ellas sufren del mal de que en todos los países adolecen, agravado con dolencias propias.

A pesar de cuanto se ha dicho y escrito, la escuela primaria continúa olvidando, en el hecho, las realidades de la vida, para las cuales no prepara al educando cuya psicología no consulta y cuyas necesidades futuras tampoco toma en cuenta.

El niño sigue siendo una actividad que no se explota ni encamina, un interés que se deja perder o se dispersa demasiado, una alegría sana y necesaria que se interrumpe, un afecto que no se conquista suficientemente, para con él llevarle a gusto, y para siempre, al hábito del deber.

La escuela es aun demasiado intelectualista. Se ocupa casi exclusivamente de instruir e instruye mal, sin disciplinar el pensamiento; se esfuerza en transmitir un cúmulo de nociones inaplicables y disgregadas, en vez de simplificar y seleccionar. No correlaciona las distintas disciplinas, para asegurar su clara comprensión, la solidez del saber y, por el placer de las adquisiciones hechas, el deseo de continuar estudiando.

El resultado del examen subordinado a la letra de un programa excesivo y mal interpretado, suele ser todavía lo que más preocupa al preceptor durante el año, en complicidad con el padre que quiere buenas clasificaciones para el hijo.

No existe, repito, un aparato para apreciar lo que después de cada año de clase ha ganado o perdido el cerebro del alumno en poder mental, en buenos hábitos intelectuales. No lo hay para medir el progreso moral y calcular si ha mejorado sus sentimientos, ni en cuanto se ha favorecido las buenas tendencias, corregido las extraviadas. No se aprecia si ha aumentado o disminuido sus cualidades físicas, si el trabajo hecho tiene repercusiones saludables sobre el organismo.

Buscad dentro de la escuela o en sus alrededores los talleres de trabajo manual y, fuera de las ciudades, el agrícola; las instalaciones para la economía doméstica, la cocina, la puericultura, los primeros auxilios, los baños, la biblioteca atrayente, los grandes espacios para los juegos y ejercicios, las instituciones de ahorro, de ayuda mutua y otras seriamente organizadas y en ac-

tividad constante; las salas de reuniones en las que se congregan con frecuencia grandes y chicos, padres e hijos y maestros, para crear vínculos de afecto, cultivar la alegría que es fuerza, trabajar juntos en cosas de interés común, estimular la solidaridad social necesaria.

No los encontrareis sino por excepción.

Entre nosotros ni siquiera conservamos algunas cosas buenas que habíamos conseguido introducir desde hace ya un cuarto de siglo en Buenos Aires, un poco menos en Córdoba: los talleres de enseñanza manual donde, igualados bajo la misma blusa, aprenden la sencillez y la recíproca estimación, ricos y pobres; se habitúan a luchar con la materia amoldándola a voluntad, adquieren aptitudes prácticas indispensables en la existencia y sobre todo el amor al trabajo y la perseverancia que involucran la moralidad y el bienestar y que no sólo no excluyen la gentileza del espíritu y los sentimientos estéticos, sino que los hacen de buena ley y los acrecientan.

Oid esta breve anécdota que me fué referida hace pocos días:

Un labrador de los alrededores de Córdoba, se lamentaba de que no podía aprovechar toda su parcela de tierra por no tener quien le ayudara.

— Pero ¿y sus hijos? Vd. tiene muchos!

— Es que mis hijos, desde que han ido a la escuela y se han puesto botines, ya no quieren trabajar!

La vida es trabajo, sin embargo, y se dice que la escuela debe preparar para la vida.

Permitid que no continúe esbozando el cuadro, señores. Para qué? Recordaré tan sólo que si estos hechos se producen en países que se jactan de figurar en primera línea; si son verdad para la ciudad de Buenos Aires p.e. donde el gobierno su-

perior ha dispuesto siempre de los recursos para corregirlos y no lo ha hecho sino en muy pequeña parte y apenas en lo que atañe al orden material, edificios, mobiliario, etc, son de una evidencia mucho más amarga para la provincia de Córdoba. Conocía el estado de sus escuelas de tiempo atrás. Y en una rápida recorrida comprobatoria recientemente hecha por 20 escuelas de los pueblos inmediatos a esta capital, sólo encontré el desaliento.

Desmantelados y tristes esos "templos", ¡que templos! me produjeron una sensación de profundo desconuelo.

En una de las escuelas, no viendo libros y sabiendo que la directora carecía de título profesional, pregunté:

— ¿Qué lee Vd. señorita, para orientarse respecto de cómo se debe enseñar?

— Tengo un libro, señor!

— ¿Recuerda cuál es?

— Sí señor! Es... es... voy a buscarlo a mi pieza — Fué, confundida, a traerlo; pero no lo encontró, ni pudo recordar el autor.

Y Córdoba tiene las tres cuartas partes de su personal sin título alguno valedero. Son maestros que hacen todo lo que pueden, abnegadamente, si quereis: pero ¡pueden tan poco!

Y si los hay — por cierto que los hay — en buen número, inteligentes y empeñosos, trabajan llenos de dificultades que a ellos no les corresponde vencer y contra las cuales son impotentes.

Basta.

Y disculpad, señores, el aparente mal gusto con que he venido a aguar esta fiesta, recordando cosas tristes; pero este sintético balance, aun cuando incompleto, por ser hecho en un acto que reúne a todos los interesados, autoridades superiores, legisladores, padres y maestros, podría ser útil si contribuyera a determinar la mayor acción conjunta, solidaria, iniciando una era de reformas que ya resulta culpable retardar. Debe empezarse

por donde urge más, por el maestro cuya misión se ensalza siempre de palabra sin que desaparezca por eso el sentimiento, que existe, de indiferencia, rayana en desprecio, hacia el misionero.

Las bien inspiradas y generosas ideas expresadas el año anterior en ocasión como esta, por el señor Gobernador de la Provincia y traducidas en la justiciera ley de 3 de septiembre de este año, los análogos conceptos contenidos en la memoria del señor Ministro de Gobierno e Instrucción Pública y algunos recientes decretos del Poder Ejecutivo, señalan acaso el principio de una reacción, largo tiempo esperada.

Secúndenla los legisladores modificando la ley de educación; creen por ella un organismo director de la enseñanza con autonomía y sustraído a la desastrosa acción de la política. Articulen aquella ley de tal manera que no pueda llegar al gobierno superior de las escuelas quien no tenga condiciones personales y aptitudes para dirigir las con acierto y desinterés; póngase en una sola mano el timón, suprimiendo consejos que han sido en todas partes un fracaso y una traba, sirviendo sólo para diluir la responsabilidad e impedir la rapidez y la unidad de criterio en la solución de los asuntos.

Árbítrese a toda costa recursos para mejorar, pero mucho, mucho, la situación del maestro, para triplicar el número de inspectores que deben ser el alma de la reforma técnica, pero que no podrán serlo jamás en las actuales condiciones.

He ahí las bases esenciales de la reforma, todos lo saben, y sin las cuales las demás medidas serán frustráneas.

Lo que en esto se invierta ha de reeditar mil por uno.

Cuando penetren en la conciencia pública los propósitos que la escuela debe perseguir en armonía con las necesidades de la existencia, se verá más claro aún que el maestro es todo en aquella y que teniéndolo apto y contento, los problemas de la edificación, del mobiliario y del material de enseñanza, quedarán extraordinariamente simplificados.

Sigo creyendo que no es un sueño irrealizable lo que sos-

tuve en este mismo recinto en una asamblea del Congreso Pedagógico Nacional, reunido en Córdoba en 1912 y lo que había sostenido antes en Buenos Aires.

Los grandes y costosos edificios no serán necesarios mañana, porque la enseñanza se dará principalmente fuera de las ciudades, en el campo, a donde irán diariamente los niños, gracias a especiales medios de transporte; y allí salas y muebles de lujo no harán falta.

Fuera de los días de mal tiempo, que entonces no importará mucho dejar sin clase, los niños tendrán habitualmente por techo el cielo o la copa de los árboles. A los trabajos del campo y del taller, a las ocupaciones manuales y prácticas variables, según las regiones y épocas del año, irán asociadas, natural y provechosamente, las nociones útiles sobre fenómenos y cosas de la naturaleza, de química, de física, etc., la geometría y la aritmética, la geografía y los ejercicios de lenguaje, las nociones económicas, las prácticas morales, la cultura estética. No se necesitarán cuadros en las paredes ni masetas con plantas raquílicas, por carencia de sol, en repisas arrinconadas; los paisajes naturales, las corrientes cristalinas, el cantar de los pájaros, las flores por todas partes, formarán el ambiente de belleza y felicidad, propicio a la formación de buenos sentimientos. Cantarán y harán dibujos y ejercicios físicos en ese medio favorable y volverán por las tardes a sus casas más fuertes de cuerpo y de espíritu, llenos de alegría de vivir. Las escuelas para niños débiles apenas tendrán razón de ser, porque no seguiremos fabricando niños débiles en nuestros malos edificios de las ciudades. Tengo la firme intuición de que esta aparente fantasía no tardará en convertirse en hermosa realidad. Y que la idea empieza a cundir, pruébalo el hecho de haber sido discutida en una reciente asamblea de educadores reunida en los Estados Unidos.

Entre tanto, señores, no perdamos el tiempo. La escuela es a la vez factor y resultante del progreso social.

Prestigiemos al maestro, prestémosle nuestro apoyo y sim-

— 195 —

patía si queremos que influya más en el bienestar de la comunidad.

Maestros que me escuchais:

Vuestra misión es de altruistas. Buscad en vosotros mismos la compensación que los demás tanto os escatiman todavía. Haced por merecerla siempre.

Y los que hoy se gradúan no olviden tampoco el consejo que un pastor daba a su amigo: Joven: acuérdate de que hay dos deberes que cumplir en este mundo: primero, dar a nuestra personalidad todo el valor de que es susceptible; segundo, ponerla al servicio de los demás.

He dicho.

PABLO A. PIZZURNO.

Córdoba, diciembre de 1915.
